



QUERVO POESIA

Separata N.º 14. Nov./Dic. 1986. 300 pts.

La enfermedad
Miguel Mas

VALENCIA

QUERVO POESIA

Separata N.º 14. Nov./Dic. 1986.

La enfermedad Miguel Mas

Redacción: Isabel Burdiel, José Luis Falcó y José María Izquierdo.

Responsable de la colección de poesía: José Luis Falcó

Dirección: José María Izquierdo.

Av. Gola del Puchol 24, A, 5 - El Saler - VALENCIA
Tel. 161 11 30

Imprime: OCMO, C/. Actor Lloréns, 11 bajo. Tel. 361 03 46
46021 VALENCIA

Fotocomposición: Fototipo, C/. Antonio Machado, 42, 4.ª, Paterna.

QUERVO/POESIA, recibe subvenciones y ayudas de la Excma. Generalitat Valenciana (Conselleria de Cultura) y del Excmo. Ayuntamiento de Valencia.

Depósito legal: V-778-1986

LA ENFERMEDAD
Miguel Mas

Las páginas que siguen me producen, lector amable, una extraña confusión. Las he estudiado hoy cuando hace —no estoy muy seguro— dos años que fueron escritas. Y al repasarlas me he dado cuenta de que nunca anteriormente había sido más espectador de mí mismo, es decir, del otro que en su momento, imagino que acuciado por alguna inconcebible necesidad, las redactó. ¿Por qué fueron escritas? ¿Por quién? Créanme que no sé decirlo. Durante este tiempo las he tenido archivadas en un cajón del escritorio, debajo del último papel. He sabido, sin embargo, casi a diario, que estaban ahí, amenazantes, vigilándome. Los viejos profesores de Retórica dicen que la Literatura crea un universo semánticamente autosuficiente y que, si ello no bastase, el escritor está condenado a officiar en medio de un carnaval de sombras (¡bella expresión!), guiado por impulsos que le someten. Yo —esto lo digo con gran convicción— estoy seguro de que debe de ser así y por estos motivos y otros muchos me quedo más confiado, echándole las culpas al otro que, desde luego sin mi consentimiento, las ha escrito. Que los dioses le juzguen. Pero —¡ay!— sucede que experimento aún algo del primitivo placer y —no lo niego— morbosidad presentes en el momento que fueron concebidas. ¿Seré también yo responsable en parte?

Recuerdo que hace algún tiempo confesé a un amigo estar escribiendo unas cosas —estas de ahora— que, aunque vinculadas a mi obra poética, pudieran haber sido escritas por otras muchas personas que ambos conocíamos, gentes de diversa procedencia. No sé si fui muy pretencioso entonces, pero todavía lo siento así.

Finalmente, debo decir que sin el aliento que me han dado José María Izquierdo y José Luis Falcó estas páginas continuarían observándome sin piedad desde su oculto dormitorio del cajón, a mi derecha. Vayan, pues, dedicadas a ellos.

Miguel Mas. Octubre de 1985

La enfermedad. Título equívoco. Sugiere inmediatamente la caída, el pecado original, la sujeción a lo natural, al ciclo indiferente de las cosas, de las vidas, lo que está más allá de uno mismo, de la voluntad de ser, de perpetuarse indefinidamente. Enfermedades familiares, que si las pensamos un momento serenan algo la primera impresión que nos produce esta palabra, enfermedades pensadas desde el recuerdo, asociadas a algún período de convalecencia, rodeadas de un cierto brillo, de una fascinación remota, asociadas a años de infancia: largas tardes, interminables días tendidos entre frescas y olorosas sábanas o, en el invierno, si afuera llovía, recoger el calor íntimo de las mantas, experimentarlo en leves movimientos, arrastrarlo hasta que fuera un estado de alma duradero y total; atardeceres entrevistos sobre la pared, en la débil claridad de la habitación, el ruido de una charla en la vivienda de al lado, intentando identificar las palabras, con la frente perlada por la escasa fiebre que aparecía otra vez; y los cuidados familiares que con su presencia venían a entretejer las horas de soledad, el asomar cauteloso de un rostro tras de una puerta, como temiendo romper el sueño frágil y necesario del enfermo, los pastelillos de hojaldre a media tarde, el paño empapado en vinagre para paliar los efectos de una desmesurada calentura... Y la enfermedad pública, impersonal, recluida en salas, numerada, archivada en gráficas, dispuesta en cuadernos de notas, contraria a ceremonias, sujeta a la gran máquina ciudadana: el transcurrir monocorde de los días, el despertar en blanco, el ajetreo de los pasillos, la angustiosa reiteración de horarios, sonidos que con los días se identifican pero que nunca se dejan apropiar, que están ahí —un timbre que suena, un carro que avanza, ruido de cubiertos en cocinas— para apuntar el cuerpo, para hacerlo más duro, más impenetrable, para que el cuerpo esté presente, alerta, único, resistiendo, dando significado a todo, esforzándose en minimizar, desde su posición privilegiada y dolorosa, el descorrer de un visillo, el caer de un vaso, la carrera que rompe el silencio de medianoche.

Pero no, no es esto; porque el enfermo no construye su cuerpo, el enfermo considerado como totalidad; la enfermedad se niega a construir el cuerpo, se obstina en no ser tratada como una deficiencia, como una sustracción respecto de la salud, en relación al bien-estar. Interpretamos el desvalimiento del enfermo como ausencia de referencia, lo asociamos a la locura, a la pobreza, a la primera infancia, donde —desde nuestra altura de adultos, de sabios, de acaudalados— el sueño se une a la vigilia, lo irreal —el amor, la duda, la memoria, el grito, la muerte— fecunda la realidad. Mas la enfermedad reclama entonces para sí un estatuto de cordura, un cuerpo vivo, insustraible, suficiente. La voluntad de progreso se opone a la enfermedad, a la ausencia de proyecto que la enfermedad es, al no-querer, al no-saber, al no-esperar los dictados que la salud impone. Frente a la voluntad de afirmarse, de recuperar la identidad perdida, el cuerpo perdido, el enfermo se refugia en un estado de conciencia liberadora, analógica. (Una mañana, al caminar por una alameda, ya entrado el mes de Septiembre, sumidos en la contemplación de lo inmediato —la curva del río, el cielo muy alto, la salida de los escolares— descubrimos de pronto que aquella parte del árbol bajo el que descansamos todos los días, recibe hoy una luz diferente, un brillo más intenso, que entre las hojas se filtra un sol más delgado; y entonces la ciudad tiene ya otra vida, otro aire, otro impulso que, a su vez, nos hace vernos diferentes, como si alguien —que también somos nosotros mismos— nos observara desde un tiempo impreciso, desde el pasado o el porvenir. Realmente lo que queda de nosotros es apenas un punto unido a otros puntos; el cuerpo se ha convertido en geografía, en lugar de transición; se ha trascendido. De regreso a casa hemos podido percibir con mayor intensidad la humedad del patio, el olor del barniz de una puerta.

La comprobación del existir —ver, oler, gustar, escuchar, tocar— ha alcanzado un grado máximo de materialidad dispuesto a la perduración. El deseo cotidiano de las cosas se ha convertido en expresión pura de un deseo de nada, pero intensísimo y receptivo a toda la realidad analizada. Sabemos así cómo la enfermedad ha entrado y ha hecho presa del cuerpo, reduciéndolo, aniquilándolo.)

En el estado de conciencia analógica la voluntad ha perdido la batalla. Este tipo de memoria manejable e instrumental que nos ayuda a reconocer una fecha, un lugar que hemos visitado otra vez, un rostro que nos saluda, deja paso en el enfermo a otra memoria que llamaríamos coral, suma de lo anterior y posterior, una memoria creadora donde cada voz representa, marca y sigue su propio tiempo, entrelazándose y separándose con otras voces de manera completamente aleatoria, sin otra lógica que una lógica interna, no venida desde el exterior.

Ocurre así que una vez que el enfermo es capaz de comprenderse no en términos de deficiencia, sino de diferencia, de entender la enfermedad no como desvalimiento sino como un valor irreductible e incomunicable, desaparece de él la idea de que es juzgado, analizado, revisado, y desaparece, consecuentemente, la conciencia de culpabilidad. No impelido por su voluntad a construir el cuer-

po, su existir se sitúa entonces en el lugar en que el cuerpo debe ser rechazado, abolido, inconcebible. El cuerpo —con todos sus miembros girando como satélites alrededor del único centro, de la única posibilidad de perdurar: la metáfora del corazón— es un recuerdo que la nueva voluntad nacida de la intervención de la memoria se esfuerza por apartar, ya que, como símbolo de la muerte, le horroriza.

En sentido estricto, la muerte, al destruir la unidad del cuerpo queda también anulada, o mejor, asimilada poéticamente a la conciencia del enfermo, atraída como útil en el sacrificio del cual el enfermo es víctima privilegiada. Por eso podemos decir que el de la enfermedad es un estado asimismo esencialmente amoroso, sobre todo en sus momentos de máxima exaltación, porque como el cuerpo enfermo el cuerpo amoroso sólo se encuentra en su pérdida, en su deseo, llevado al extremo, de asimilar lo que le destruirá como conciencia única, cerrada en sí misma, de modo que lo que antes le era ajeno, extraño, ahora queda incorporado como propio. O mejor: se trata de una transubstanciación, puesto que la idea formal de propiedad ha quedado anulada, una vez anulada la conciencia ambiciosa de sí mismo.

¿Cómo explicar, pues, el dolor, la inquietud que comúnmente amenazan al enfermo? Es necesario explicarlos como estados nostálgicos, como estados de resistencia del cuerpo a la entrada de la enfermedad. La voluntad —verdadera policía del sistema—, demasiado habituada a entender el cuerpo como un proyecto infinito, queda atrapada en la sorpresa de convertirse en algo puramente referencial primero y en la obligación de anularse posteriormente, de anular el corazón, el centro. Todos los que alguna vez han experimentado el sentimiento amoroso son conscientes de esta resistencia íntima, sutil, a entregarse a la persona amada.

(Al entrar en la estancia, hemos reconocido objetos familiares. Pero ahora han dejado de ser algo extraño, ajeno. Estaban ahí como quien espera mantener un diálogo, una conversación confidencial, irrepetible. La sensación de transparencia que nos llena, lejos de procurarnos serenidad, nos procura un punto de inquietud. Recordamos otras tardes que hemos pasado aquí, en este mismo butacón, observando este sol en la pared, el pasillo al fondo todo iluminado, las voces de otras personas que andaban por la casa. *Impregnado de todo, transparente a todo —formas, sensaciones, colores, sonidos— el enfermo es la indiferencia, la sustancia infinita, y la mirada —que en otras circunstancias desvelaría el abismo de la identidad, el deseo de plenitud— se suma ahora no para distanciar —y, por lo tanto, descubrir el vacío en que residiría el cuerpo— sino para que la conciencia comulgue con lo exterior. Pues verdaderamente la idea de exterioridad se ha anulado y lo ajeno ha pasado a formar parte sustancial del pensamiento. No quedando nada del otro lado, a este lado queda —luminosa, cortando el aire— la mirada, y en medio el objeto de la mirada, el cuerpo del enfermo —vacío, insustancial como el recuerdo. Y, sin embargo, hay aún una incomprensible resistencia en alguna parte de nosotros; en este estar impregna-*

dos de todas las cosas, de todos los tiempos, de todas las voces, hay como el dolor del hilo al atravesar la carne que cierra la herida, que la prepara para secarse y sanar, hay como la frotación de dos metales, de dos bloques de acero que entre sí se ajustan para que funcione el complejo mecanismo, la maquinaria de un corazón múltiple y poderoso, alimentado de luz, de silencios, de sombras, de memoria...)



Confieso que me producen cierta extrañeza mis sentimientos hacia lo que llamamos seres vivos. Soy capaz a veces de una inhumana solidaridad cuando en un paseo o en viaje por carretera me asalta inesperadamente el cuerpo desmadrado y roto de algún animal que haya quedado en la cuneta. No soporto esa presencia y debo de inmediato distraer la mirada hacia otro lugar si no quiero que el recuerdo fatal de tales encuentros me acompañe todo un día, varios días incluso. Lo mismo me ocurre con todo tipo de animales, hasta con los más insignificantes: soy incapaz de fulminar un mosquito y trato de convencerle, a veces con los más disparatados argumentos, para que sacie en otros cuerpos más sanos su natural apetito hacia el mío. En el verano debo de parecer yo mismo algún tipo inclasificable de ave zancuda cuando al andar por las aceras voy sorteando a saltos las hileras de hormigas. Mi comprensión del sufrimiento animal es infinita, y agobiante. Pero —y de ahí mi extrañeza— cosa diferente me sucede con el que algunos llaman *rey de la creación*. Una anciana que ha tropezado al apearse del autobús, el mendigo de mediana edad que muestra impudicamente sus llagas para obtener unas monedas, la epiléptica que se convulsiona y arroja, entre terribles lamentos, espumarajos por la boca, son incapaces de provocar en mí efectos similares a los anteriores. Si hay un sentimiento que resuma lo que me sugieren tales casos, sería sin duda el de una profunda e incurable decepción.

* * *

Al regresar de una excursión que hicimos a la sierra, se nos hizo de noche entre caminos y cañadas. Conducía C., el de más edad de los cuatro, profesor de Lingüística en la Universidad y, como el resto, escritor, aunque poco atendido entonces por la crítica oficial. De pronto, quizá porque entrábamos en una zona baja y húmeda, se empezaron a cruzar delante del coche unos enormes sapos montaraces que deslumbrados por la luz de los faros quedaban cegados de inmediato y, como suspendidos de hilos invisibles, levantaban hacia el aire las patas delanteras de sus amorfos cuerpos, moviéndolas inarmónicamente de un lado a otro. Su aspecto provocaba una irrefrenable sensación de ridículo y absurdo. Escuché que C., como para sus adentros, decía: —*Qué asco. Parecen personas...*

Nunca dudé desde aquel día que la obra de C. es una de las más valiosas de entre los escritores vivos... E incluso de entre los muertos.

* * *

Me viene a hora a la memoria una imagen de mi infancia. Tendría yo unos ocho, quizá nueve años. En un callejón desierto sorprendí a un viejo masturbándose frenéticamente e —imagino— con pobres resultados. Al verme, salió huyendo, confundido. Me pregunto si aquel episodio, lleno de sabiduría, no me ha ayudado a comprender posteriormente con toda minuciosidad el último secreto de nuestra condición humana.

* * *

Las únicas obras que me interesan son las que nacen de la melancolía, nunca de la desesperación.

* * *

Entre la llamada urgente y la respuesta, entre el protagonismo y la indiferente servidumbre está la posición del testigo; su papel es secundario, no ha intervenido directamente en nada, no se reclama de él justicia; pertenece —sin desearlo— a un orden de cosas que le sobrepasa. Si le han consultado ha sido para probar un hecho; se espera de él verdad y falsedad al mismo tiempo. Le han llamado para algo importante. Mas él observa a todos y esboza mentalmente una sonrisa. Sabe que su pasión secreta es la contingencia.

* * *

Alimentemos una vez más el tópico: ya que nadie nos ha consultado si deseábamos o no formar parte de este estúpido batallón de gentes que ocupan plazas, butacas de cine y salas de parto en los hospitales, ya que si de pronto nos hemos hallado sorprendentemente *aquí*, con la conciencia vacía de las cosas, ¿no evidenciaría una actitud digna y sensata en nosotros si exigiésemos que diariamente y en cada minuto de esta incalificable existencia se nos tratara con los cuidados y atenciones con que se trata a un enfermo aquejado de un mal incurable?

* * *

«He pasado entre ellos extranjero, pero ninguno ha visto que lo era. He vivido entre ellos espía, y nadie, ni yo, ha sospechado que lo fuese. Todos me han tenido por pariente: ninguno sabía que me habían equivocado al nacer. Así, he sido igual a los demás sin semejanza, hermano de todos sin ser de la familia». Atribuido a Bernardo Soares. Oficinista. De unos treinta años. Frecuentaba la misma casa de comidas que Fernando Pessoa, en un entresuelo económico y poco visitado de Lisboa.

* * *

Una vez conocí a un crítico de cierta buena reputación. Estaba de espaldas a él, pero reflejado en el cristal de una ventana pude observar con gran perplejidad cómo en la tertulia de una cafetería comentaba el libro de un amigo: pasaba las páginas, las olisqueaba, las torcía; finalmente se introdujo parte del libro entre los dientes y comenzó a morderlo con envidiable apetito. He de confesar que, aunque conozco algunas versiones de la última crítica literaria, aquella me había pasado totalmente desapercibida.

* * *

En una reciente exposición de la obra de Eduard Munch he vuelto a sentir el sobrecogimiento que sólo en muy contadas ocasiones experimento ante una obra artística. Los que más me interesaron entre la galería de personajes que por allí aparecían fueron esos que, unas veces en primer plano, otras observándolo todo desde atrás, provocaban al espectador con su mirada: apenas un esbozo de rasgos en el rostro, sobre un fondo de amor o muerte; pero siempre expresando un absoluto desconcierto, una insoportable perplejidad. Imposible no identificarse con ellos, no sentir misericordia.

* * *

Es cierto que hay un tiempo interno en nosotros, diferente de otro externo, usual, y mucho más cercano a otro absoluto que evitamos nombrar, cuya sola intuición nos estremece. Ese tiempo interno nos da sabiduría y, por lo tanto nos confunde, pues mezclado al devenir disipa nuestro conocimiento práctico del mundo, nuestras sencillas verdades; nos predispone al fracaso de todo conocimiento.

* * *

Sociedad post-industrial, filosofías de la post-modernidad, neocapitalismo, neorromanticismo, neo, neo, neo... ¿No es como si a la Humanidad, agotados sus recursos y fracasos y por miedo a saltar en el vacío, sólo le quedara el consuelo de alimentarse de su propio cadáver?

* * *

Nos sucede a veces —muy pocas veces— que al leer un texto nos sentimos atraídos por él de tal manera que no suprimiríamos ni añadiríamos un punto; nos parece perfecto, *lo vemos*, e incluso *podemos escucharlo*; estamos convencidos de que lo hemos descubierto, nos habla al oído con palabras familiares, acaso reconocemos en ellas nuestra propia voz. Al momento siguiente tenemos la seguridad de que *aquello* ha sido escrito sólo para nosotros, nos creemos el más feliz de los mortales porque Fulano —poeta, escritor, filósofo...— nos ha rescatado del anonimato en que desdichadamente nos encontrábamos y nos ha señalado con su dedo tocado de sabiduría. Gozosos por tal alumbramiento, rebosantes de enciclopédica satisfacción, aún no repuestos de nuestro bautismo, un día, en una reunión, hacemos partícipes de nuestra experiencia a los demás y comprobamos, asombrados, que también los demás, *ellos*, se han visto beneficiados por el encanto de ser en soledad hijos pródigos de Fulano. Al instante, después de las primeras emociones, sentimos una inaprensible pero manifiesta decepción que poco a poco se transforma en recelo y sensación inequívoca de haber sido traicionados. De vuelta a casa probablemente cerraremos el volumen que estábamos leyendo, que nos aguardaba pacientemente sobre la mesa, y lo archivaremos en un lugar de nuestra biblioteca. Después de sabernos engañados, de mal humor, experimentaremos al fin la decepción de entrar a formar parte de las estadísticas.

* * *

Sobre todas las cosas está la conciencia agotadora de ser un intruso, de entrar siempre de medio lado, de puntillas, como se entra en la habitación de un enfermo, sin respuestas, sin ofrecer consuelo, con la humildad del que se sabe de sobra. Nada que decir, nada que negar: ir dejando que todo se resuelva, siga su curso, se consuma por sí solo. Ser conscientes de que una palabra es un estorbo, una frase entera puede convertirse en un verdadero cataclismo.

* * *

El momento peligroso es cuando, sin que ello suponga la conclusión final de ningún razonamiento, entendemos —vemos, sentimos— que la existencia se reduce a un puro acto de confirmación.

* * *

Cuando se tiene una conciencia exacta de que el Hombre es el ser más nefasto de la Creación, de que nada puede ya interponerse en el vasto camino hacia el Vacío Absoluto al que aboca, como un torrente, este despropósito de mundo en que vivimos, en esos momentos de máxima claridad, ¿cómo no experimentar cada verso, cada palabra, incluso las más críticas y demoledoras, como otra imperdonable traición hacia uno mismo?

* * *

Pierdo facultades: cada día me resulta más difícil diferenciar a un barroco inteligente de un idiota complicado.

* * *

Qué contradictorios sentimientos nos provoca la necesidad de salvaguardar nuestro *yo* por encima de todo. Una tarde, en cualquier lugar con escasa luz y un algo de música, unas bebidas y una conversación que poco a poco se hace más cálida, más íntima. La persona que tenemos al lado nos revela lenta, ordenadamente, aspectos desconocidos de sí misma que en otra ocasión, ante otros, nos dice, hubiera sido incapaz de manifestar. Nosotros, en un momento de fraterna generosidad, comprendemos todo aquello, asentimos, y para hacerle ver nuestra bondad abrimos ciertos secretos también inconfesables. Perfecta comunión de dos almas, ejercicio espiritual; sí, ha sido muy agradable el tiempo pasado juntos, repetiremos la experiencia otra tarde, dejaremos que las palabras nos lleven hacia el otro.

Pero cuando nos hemos despedido y llegado a casa, empezamos a concebir un plan perfecto, andaremos tal y tal calle, subiremos la escalera, al llamar a su puerta nos sonreirá, con plena confianza, y al volverse de espaldas... un golpe mortal. Diremos —como en las malas películas policíacas: —*Sabía demasiado...*

* * *

Leopardi: «Encuentro muy razonable la costumbre de los Turcos y de otros pueblos orientales que se contentan con sentarse sobre sus piernas todo el día para mirar estúpidamente a la cara de esta ridícula existencia». Magnífico epita-

fio para un joven de treinta y tres años.

* * *

La única actitud digna es la de ir siempre y en todo momento más allá de uno mismo hasta el punto en que pasado un tiempo cada cual se experimente a sí como un desconocido.

* * *

El sentimiento de inmediatez me repugna, considero la acción como un mal que lleva —por progresiva hinchazón— a la pérdida involuntaria del yo. Es necesario elegir otro camino, el de la resistencia. Dudar de todo cuando existe, poner signos de interrogación a lo real. De esta manera la conciencia se siente acosada y flota. Este es el primer paso y quizá el más doloroso, porque se corre el riesgo de perderse con ella y así adviene al individuo una cierta espesura —mezcla de transparencia y densidad—, un estar y no estar indivisibles. Por ello es fundamental proseguir el sacrificio, agotarse, contemplar cómo el que éramos se aleja de nosotros y tener el valor de despedirlo como se despide, llenos de reconocimiento, a un ladrón de guante blanco o a un profanador de tumbas.

* * *

El placer que nos procuran ciertos estados profundos de melancolía sólo los explico por un deseo de anticipación. El sentido unidimensional de una existencia empobrecida nos hace buscar siempre el más allá, pero cuidando muy bien de no perdernos. Acostumbrados al proyecto, cualquier pregunta sobre nuestro presente la transformamos en una pregunta sobre nuestra finalidad, sobre la aterradora experiencia con lo desconocido. Y, ávidos de recordar, como nos resulta imposible remontarnos al origen, a la indistinción de las formas, buscamos en esa *captura del futuro* una tregua a la ansiedad. Mantenemos el no ser dentro de las fronteras del ser, y en este estado que caracteriza a la duda gozamos cobardemente de los frutos del conocimiento.

* * *

Huir de la transparencia, de la ausencia de centro. Descubrimos de pronto que el mundo nos traspasa, giramos con los días y nos sentimos viviendo de prestado. Huéspedes de un cuerpo que hemos dejado de habitar para siempre y desde siempre, nos resulta extraño reconocernos un pasado, una historia. Necesitamos nacer, encarnar de nuevo, somos lo exterior, sentimos dureza y calor porque los sentidos, obstruidos, nos acercan la consistencia del mundo. Soñamos entonces con la densidad, añoramos la memoria, el dominio, y corremos a buscar la diferencia: esta mesa, ese tiempo, aquel árbol. Nos situamos, ocupamos un lugar. Pero un lugar ¿en relación a qué? Y esta pregunta nos sobrecoge, nos empequeñece, nos deja flotando a la deriva.

* * *

He entrado a un bar de suburbio. He pedido café y unos cigarrillos. A mi lado un extraño personaje: un hombre de avanzada edad que por ciertos deta-

lles —la chaqueta raída, los pantalones sujetos a la cintura con una delgada cuerda— parece que está hace tiempo sin empleo, quizá un mendigo. Mi solidaridad inmediata con él, al primer vistazo. Me ha mirado, sonriendo y asintiendo extrañamente, y he visto entonces que, delante suyo, en la barra del bar, había un plato enorme de carne —una cabeza de cordero asada y partida en dos mitades— y un gran vaso de vino tinto. Era asombroso observarle, la grasa untando todos los dedos y resbalando por la comisura de los labios, a pesar de los continuos esfuerzos por recogerla con la lengua. De instante en instante levantaba su cabezota y asimismo me observaba, como buscando mi complicidad. Se le veía tan absurdamente feliz que, tomando en alto los restos descarnados de la cena, le hubiera asesinado inmediatamente, entre primitivos aullidos de satisfacción.

* * *

Pienso a menudo en la isla desierta. Ningún signo de belleza, nada de playas o atardeceres en la arena, escuchando el murmullo del agua en una secreta cala. Más bien un mundo de cuevas y hogueras por la noche, exóticos —y amenazadores— lamentos de fieras desconocidas, una alimentación a base de raíces y pequeños frutos de vivos colores, todo lo más algún gusano o molusco de cuando en cuando. Y sobre todo el grito, el grito contra el cielo, desprovisto de sentido, de propósito, el olvido total del lenguaje articulado. El poema, el grito.

* * *

La indiferencia me parece tan destatada como la virtud. Los *tibios* me producen náuseas; como los virtuosos, todo lo entienden, todo lo explican, porque sentados a la derecha del Padre —la Sabiduría Última— poseen la llave que abre todos los secretos. Exudan serenidad por todas las ventanas de su espíritu, tienen la lengua gruesa como los loros. Buscan complicidad a su alrededor, sonríen demasiado, están repletos de sentido y son, en su obstrucción, impotentes para la melancolía. Se distinguen de los virtuosos sólo en un detalle: mientras que estos son minuciosos en extremo, lo que caracteriza al tibio es su capacidad para generalizar. Se pierden por exceso.

* * *

Muy a menudo he sentido la necesidad de procurar daño a una persona que nunca hubiera esperado tal cosa de mí. En medio de una amable conversación, hermosas palabras y gestos llenos de confianza, de pronto, como un acero, como un seco disparo, la frase hiriente, deformadora, monstruosa. Imposible reaccionar, volverse atrás, hay que llegar hasta las últimas consecuencias, hasta la ofensa mayor, hasta el grito. Aspavientos, gestos desproporcionados, una cuidada escenografía de contrasentidos. Y ya en una habitación remota, cuando se recobra la serenidad, ningún arrepentimiento, una dulce sensación de bienestar, de abandono, un estremecimiento solitario.

* * *

Sucede —¡cuántas veces!— estar ante un rostro o una situación concreta que

se nos escapa. Somos conscientes de que cualquier otro —quizás nosotros mismos un momento antes— se reiría de esta ignorancia, de esta incompreensión. Pero en nosotros algo ha fallado, el juicio —asentimiento o contradicción— ha quedado suspendido; un hilo, imperceptible, que nos unía hace un segundo a esas palabras que escuchamos, se ha quebrado, ahora sólo es un sonido incierto el que nos llega. No entendemos, es decir, no interpretamos; algo en nuestro interior ha ido creciendo y ha ocupado todo el espacio de nuestra subjetividad, nos ha reducido a la nada. Lo que de fuera viene no se ajusta al cuadro general de nuestro conocimiento ordinario de las cosas y las gentes. Y no es que estemos por encima del Bien y del Mal, no estamos saturados de pobre indiferencia. Ha ocurrido como una sobrecarga súbita de luz que disparase el sistema ordenador de la razón. Es el grito, la violencia que se ha adueñado de lo cotidiano. Y ya —inmovilizados, silenciosos— sabemos intuitivamente que sólo asistiremos al devenir normal de los acontecimientos como el testigo en el foro, sin saber muy bien cuál es su verdadero papel, su estar ahí.

* * *

El grito es la máxima expresión de libertad. Es la negación sin causa, en la cumbre, no es un acto de desesperación, es un acto de desposesión radical, de olvido. Olvido social y olvido individual, pues la conciencia concentra en sí toda la energía negativa del mundo y al proyectarla hacia fuera —al proyectarla eróticamente— es un cuerpo que se disuelve en aire, en materia, en una fuga que deja atrás el cuerpo como un residuo, como una extrañeza. Nadie puede apropiarse del grito, no es rechazable porque irrumpa groseramente en la esfera pública, por ser una intromisión de lo privado, no se vive como excepción, se rechaza porque resulta incomprensible, irreductible e irremplazable. El carácter único del grito lo hace detestable, debe ser apartado de la vista, recuerda en cierto sentido a la muerte, debe ser enterrado, olvidado, reducida a la normalidad su violencia. Todos los estados de plenitud van acompañados del grito, es la búsqueda del más allá, la voluntad de durar sin propósito, sin esperar nada a cambio. Disueltos, ofrecidos en el altar del grito, somos la máxima generosidad pensable. Los enemigos de la duración —los comerciantes, los políticos, los ideólogos— deben protegerse contra el grito, tenderle trampas, aplicarle la camisa de fuerza del lenguaje. Reducido a palabras, el grito resulta ofensivo, puede ser manipulado por otras palabras, reducido a circunstancias, justificado excepcionalmente.

* * *

Eduard Much. 1893. «El grito». Alguien, de rostro sin señas precisas, como un hueco, apenas un gesto todo él, se ha detenido un momento en algo que parece un puente, lugar de tránsito, un camino; se ha detenido y con una desproporcionada fuerza interior, pero a la vez participando de la dimensión completa de lo exterior, se ha vuelto al espectador, al ser anónimo que desde afuera lo observa. Las líneas onduladas de esta figura extraña, impersonal, sugieren un

abismo, una violencia extrema que se une por el grito a la violencia del paisaje —el cielo rojizo de color sangre, el agua azul oscuro. El hombre —por el grito— ya es pura continuidad, absoluto exterior enfrentado al orden, a la línea recta de las barandillas, la abertura a la izquierda hacia el orden del espectador. La línea recta al final del paseo de dos figuras impasibles, del mismo tono que el hombre del primer plano, pero de distinta dimensión, en vertical. El grito, lo exterior. La figura central tiene las dos manos —inmensas, imposibles— recogidas sobre los oídos, no se escucha, todo él es ya significado, materia indistinta, respuesta última. La línea del cuerpo se ha unido a la línea del paisaje, el grito es también el silencio, inaudible para aquellos dos que —las manos en los bolsillos, en un caminar sereno— desaparecen del cuadro sin dejar más huella en nosotros que la del contraste, el orden necesario para que el grito sea más intenso. «Una noche anduve por un camino. Por debajo de mí estaban la ciudad y el fiordo. Estaba cansado y enfermo. Me quedé mirando el fiordo, el sol se estaba poniendo. Las nubes se tiñeron de rojo como la sangre. Sentí como un grito a través de la naturaleza. Me pareció oír un grito. Pinté este cuadro, pinté las nubes como sangre verdadera. Los colores gritaban.»

El grito es la máxima expresión de libertad. Es un acto de desobediencia radical, de
cuanto, no es un acto de desobediencia radical, de
* * *
Cuanto más compruebo mi cuerpo, más me alejo de él. Me detengo un instante apenas. Toco mis manos, mi rostro, la consistencia del hueso, de las uñas, el globo del ojo, la pétrea dureza de los dientes. Me hundo en el curso de la carne, resbalo hacia adentro y siento cómo la sangre avanza a golpes, cómo se estira un músculo y arrastra otro cercano y éste comunica al de más allá un reflejo inesperado. Entra el aire a la cavidad del tronco, corre por conductos y láminas, se precipita en rincones estrechos, asciende salvando obstáculos, se confunde en miles y miles de pequeñas raíces, navega en un mundo a oscuras que complica el extraño mecanismo donde todo se superpone y funciona al unísono. Llegado a este punto, ¿quién me sostiene, quién me atrapa, quién me nombra en la descubierta tierra interior? Mi yo es un recuerdo, un signo inconcreto de otra existencia, apenas la impresión que deja en el aire el batir de unas alas, una gavilla de trigo abandonada a su suerte: ha escapado, se ha (des)integrado en un infinito de transformaciones, de sucesiones, en una mezcla orgánica de ácidos y principios, de normas y accidentes. Mi cuerpo ha sido, al fin, mi tumba.

QUERVO POESIA

Monogr.Nº8. Abril-Mayo1986. 350 pts.

JENARO TALENS

Miguel Más
y Juan Luis Ramos

VALENCIA

LARGEST STOCK OF ANTIQUARIAN ENGLISH BOOKS ON THE CONTINENT

SHAKESPEARE



AND COMPANY

Left Bank Facing Notre Dame

37 rue de la Bûcherie Paris 5

We wish our guests to enter with the feeling they have inherited a booklined apartment on the Seine which is all the more delightful because they share it with others



THE BOOKSTORE HENRY MILLER CALLS A WONDERLAND OF BOOKS

«HOJA DE SUSCRIPCION» 

QUERVO-POESIA

Avenida Gola del Puchol 24, A, 5
EL SALER-VALENCIA
ESPAÑA

Don _____

Domicilio _____

Ciudad _____ Provincia _____

Fecha _____ Profesión _____

Desea suscribirse a la colección QUERVO por tres cuadernos, para lo cual envía talón bancario o giro postal a nombre de JOSE MARIA IZQUIERDO por un importe de 1.200 pesetas.

ULTIMA POESIA EN VALENCIA 1970-1983

estudio y antología a cargo de
José L. Falcó · José V. Selma



Francisco Brines

La rosa de las noches



CUADERNOS DE CRISTAL
—José Manuel Suárez—
Apartado de correos 135
Aviles - Asturias

Cuadernos de Cristal, 7



De este cuaderno titulado
LA ENFERMEDAD
escrito por
MIGUEL MAS
Se han editado quinientos
ejemplares
en la
imprensa
OCMO
de
VALENCIA